

tenian tambien la noble ambicion de dar la perfeccion al hombre mediante el trabajo del espíritu; pero, al entregarse exclusivamente á esta obra de perfeccionamiento individual, olvidaron los males que corroian á la antigüedad, y fueron impotentes aún para regenerar á los individuos. La religion tiene una mision más elevada; salvar á los hombres, no sólo por la accion individual, sino tambien por la accion social.

Creemos que la religion así entendida es la ley de salvacion para la humanidad. La religion es la vida del hombre; cuando le falta, se consume en dolorosas agitaciones, sufre sin darse cuenta de la causa de sus sufrimientos, busca un remedio al mal que le atormenta, y se extravía por caminos peligrosos ó impracticables (1). Los unos, espíritus políticos, van en busca de una nueva organizacion social; los otros, conmovidos por la miseria, que nunca es más apremiante que cuando falta la fe á los desgraciados, piensan en cambiar las leyes que rigen la produccion y la distribucion de las riquezas, sueñan la perfeccion para criaturas imperfectas, la felicidad para seres que llevan al nacer la necesidad de una expiacion. El menor número se preocupa de las creencias que constituyen la vida de los pueblos, ven el verdadero mal en la falta de una religion, y el verdadero remedio en una renovacion de la fe. Curad las almas, reanimadlas con un rayo del amor divino, y la sociedad, que parecia muerta, revivirá; los furiosos odios que dividian á los hombres se apagarán; las clases inferiores no pedirán ya la igualdad absoluta, sabiendo que la desigualdad que se deriva del nacimiento es obra de Dios; las clases superiores no verán ya enemigos por bajo de ellas, sino hermanos, sabiendo que Dios les ha dado las riquezas, no como un derecho, sino como un deber. Bajo la influencia de estos sentimientos, las relaciones políticas y económicas se modificarán por sí mismas.

(1) Escrito en 1850.

## CAPÍTULO II.

### LA CARIDAD.

#### § I. — La Caridad cristiana.

La predicacion evangélica se reasume en la caridad. Jesucristo, al recomendar á sus discípulos que se amasen los unos á los otros, dice que les da un *mandamiento nuevo* (1). Estas palabras han sido una dificultad para los Padres de la Iglesia. ¿No habia prescrito Moises el amor al prójimo? ¿Por qué, pues, dice Cristo que la caridad es una Ley nueva? Tambien los filósofos habian enseñado el amor de los hombres; sin embargo, la frase de Jesucristo es profundamente verdadera. El mundo antiguo no conocia la caridad. La fuerza dominaba en el paganismo. Aun cuando la filosofia, en su expresion moral más elevada se propusiese por fin la felicidad de los hombres, no tenía entrañas para con los esclavos y los Bárbaros. El mosaismo habia reconocido la gran ley de caridad que debe regir las relaciones de los hombres, pero ésta no podia recibir su desarrollo en el seno de una sociedad fundada en el aislamiento, no podia ni aún ser concebida en toda su sublimidad por un pueblo que adoraba en Dios más bien el poder que la bondad. A pesar de las aspiraciones de Moises, *el temor* siguió siendo la señal característica de la Ley antigua (2). Jesucristo vino á

(1) JUAN, XIII, 34.

(2) CLEMENT. ALEX., *Paedag.*, I, 7, p. 133: ὁ νόμος παιδαγωγῆται τὸν λαὸν μετὰ φόβου.

trasformar el temor en amor (1). Ninguna barrera contiene á la caridad; no distingue al esclavo del hombre libre, al Bárbaro del ciudadano (2).

Sin embargo, el mosaismo contiene el gérmen del sentimiento cristiano, el principio de la unidad, de la solidaridad de los hombres. Esta doctrina se ha abierto camino desde la más remota antigüedad. Los discípulos de Zoroastro comprendían á todos los fieles en sus oraciones. Moises dió á la unidad del género humano la autoridad de la Creacion (3). La solidaridad de los hombres está impresa en la doctrina, en la mision, en todos los actos de Jesucristo. Viene á salvar á la humanidad, y la salvacion de cada uno no es más que un medio para la salvacion de todos. La oracion que enseña á sus discípulos reúne á todos los hombres en los deseos de cada individuo; no forman entre todos más que un solo cuerpo, todos son miembros unos de otros (4). Son uno en Dios; Dios es la caridad; la ley de las relaciones de los hombres es, pues, la caridad (5). Esta nocion de Dios es la que distingue el cristianismo del gentilismo: «Los paganos, dice *Fenelon*, temen á sus dioses; jamas han pensado en amarlos. Los filósofos han creído que los dioses daban la salud, las riquezas, la gloria; pero han pretendido encontrar en sí mismos la virtud y la sabiduría que los distinguían del resto de los hombres. No han explicado nunca que el amor que debemos al Creador es superior al que nos debemos á nosotros mismos. Sólo el pueblo judío conocía el culto del amor. Pero aquel amor era más bien figurado, prometido para

(1) CLEMENT. ALEX., *ib.*: ὁ φόβος εἰς ἀγάπην μετατρέσσεται.— AUGUSTIN., *Serm.* 32, § 8: «Non erat in illis charitas, sed timor. Praecepta Domini poenalia erant illi populo, quia impleri non poterant amore..... Qui transit ad Christum, transit á timore ad amorem.»

(2) AUGUSTIN., *De doctrina christ.*, I, § 32: «Manifestum est omnem hominem proximum esse deputandum.»

(3) CHRYSOSTOM., *Homil. de perfecta unitate*, § 1 (*Op.* VI, p. 288, A.): ἕνα γὰρ πλάσας ὁ Θεός ἄνθρωπον, ἐξ αὐτοῦ πάντας προσέταξε γενέσθαι, ἵνα πάντες ἀλλήλους ὡς ἕνα νομιζώμεν, καὶ ἐν ἀγάπῃ πρὸς ἀλλήλους διαίψην σπουδάζωμεν.

(4) PABLO, *Rom.*, XIII, 5.

(5) «El que no ama á los demas, no ha conocido á Dios, porque Dios es amor» (JUAN, *Ep.* IV, 8).—«La caridad es el cumplimiento de la ley» (PABLO, *Rom.*, XIII, 10).

lo porvenir, que extendido y practicado en realidad» (1). Los cristianos no tienen más culto que el amor; es el fin único para que Dios nos ha creado (2).

Los antiguos reconocían que la perfeccion consistía para el hombre en imitar á Dios. Pero, formándose una falsa idea de Dios, falseaban también el destino humano. El sabio estóico es un sér solitario ocupado en el cuidado de su propio perfeccionamiento, que ayuda á los hombres, pero sin amarlos, porque el amor es una pasion, y el sabio debe estar exento de toda pasion. El cristiano también imita á Dios, pero amándole. El egoismo que vicia las relaciones de los antiguos deja paso á la caridad. Puede decirse con Clemente de Alejandría que el egoismo no hace más que trasformarse confundiendo con la caridad; porque hacer el bien á los que forman uno con nosotros, es hacernos bien á nosotros mismos (3). San Clemente va más lejos, enseña que el cristiano perfecto debe despojarse de todo sentimiento personal, que hace el bien por el bien, sin esperar recompensa alguna ni de los hombres, ni de Dios; en este ideal de la caridad desaparece hasta la esperanza de salvacion (4).

¿No se ha inspirado más *San Clemente* en la filosofía que en el Evangelio, cuando proclama que la caridad debe ser completamente desinteresada hasta el punto de que el fiel debe olvidar aún la recompensa que le espera en el cielo? Es indudable que la concepcion del Padre griego no es la del cristianismo práctico, es cierto también que la doctrina evangélica no ha llegado á trasformar la sociedad. Si el mundo sufre hoy es precisamente por falta de caridad; el egoismo le corroe y le amenaza con la disolucion. A la filosofía toca investigar cuáles son los errores que han impedido á la doctrina cristiana el producir todos sus frutos. El pasado, estudiado bajo este punto de vista, está lleno de enseñanzas para el porvenir.

(1) FENELON, *Cartas sobre la religion*, c. v.

(2) «Nec colitur nisi amando» (AUGUSTIN., *ep.* 140 *ad Honorat.*, § 45).—HILARIO dice que «el temor de Dios consiste enteramente en el amor» (*Comentario al Salmo 127*).

(3) CLEMENT. ALEX., *Strom.* II, 19, p. 483: εἰκὼν τοῦ Θεοῦ ἄνθρωπος εὐεργετής, ἐν ᾧ καὶ αὐτὸς εὐεργετῆται, ὥσπερ γὰρ ὁ κυβερνήτης, ἅμα σώζει καὶ σώζεται.

(4) *IBID.*, *Strom.* IV, 22, p. 626.

Hay en la caridad cristiana un vicio que muchas veces le ha hecho degenerar en egoísmo. El cristiano no ama á los hombres por ellos mismos, los ama por Dios, ó más bien no es á los hombres á quienes ama, sino que ama á Dios en los hombres. Pero, puesto que es Dios ante todo el objeto de su amor, en rigor puede amarle, sin estar en relacion con sus semejantes; puede amarle, sin amar á los hombres. Esto es lo que han hecho los anacoretas an á héroes del cristianismo. ¿A qué conduce este amor? Al no ser. Indudablemente, el hombre no debe jamas estar separado de Dios, principio de su vida. Pero amar á los hombres es amar á Dios, porque somos uno con ellos en Dios. Por mejor decir, no hay otra manera de amar á Dios que amando á los hombres. El pretendido amor de los hombres por sólo amar á Dios es una ilusion del misticismo. El hombre es un sér demasiado débil para vivir en comunion permanente con la divinidad. Lo que él ama, lo que debe amar son las manifestaciones de lo infinito. Amará siempre á Dios, si ama en los hombres lo que tienen de divino y de imperecedero. Decir por el contrario que no debe amarse á los hombres más que en Dios, es hacer de Dios un ídolo al que se sacrifican todas las afecciones humanas, de suerte que el colmo de la caridad es despojarse de los sentimientos que Dios ha puesto en nuestro corazon. Así comprendido el amor de Dios es un triste extravío. Amar es sacrificarse, es abdicar su personalidad para no vivir más que en el objeto amado. ¿Cómo habia de ser posible este sacrificio si no se ama á la criatura por sí misma? El que no ama á los hombres por sí mismos, se separa moralmente de ellos, porque los cree indignos de ser amados; huye de ellos, se va á un desierto ó se encierra en un claustro. El que ama á los hombres por sí mismos permanece en la sociedad en que Dios le ha colocado; solamente en ella puede amar y hacer el bien.

Los cristianos no pueden amar al hombre por sí mismo. ¿Cómo han de amar á la criatura, si están convencidos de que todo en ella es pecado, falta y crimen? Solamente Dios merece amor; la criatura no lo merece más que en atencion á Dios. Sin embargo, el cristianismo enseña que Dios ama á los hombres. Preciso es, pues, que haya en ellos algo más que podredumbre. ¿Cómo la perfeccion ama á la imperfeccion? Es que Dios ve en la criatura el gérmen

del bien que en él ha depositado. Este gérmen es inalterable; podremos corromperlo, pero no podremos destruirlo. Si el hombre cae, puede levantarse; Dios sabe que se levantará; sabe que aquel sér tan débil, tan culpable, se enmendará, se perfeccionará, con ayuda de su gracia y de las expiaciones que le impone. Por caido que esté el hombre conserva un rayo de la divinidad. Hé aquí por qué Dios, que es la perfeccion, puede amarle, á pesar de su imperfeccion. Si Dios ama al hombre, por pecador que sea, ¿por qué el hombre no ha de amar á su semejante por sí mismo?

La concepcion cristiana destruye tambien un carácter esencial de la caridad, la universalidad. En el pensamiento de Jesucristo, la caridad abraza á todas las criaturas, sin distincion de condicion, de razas, de nacionalidad. ¿Pero hace tambien abstraccion de la fe? ¿Se extiende á los que no creen en el Hijo del Hombre? Aun suponiendo que Cristo haya colocado la fraternidad por cima de la diversidad de creencias, es cierto que en la doctrina de la Iglesia, los gentiles y los herejes son rechazados como impuros, en vez de ser amados como hermanos. El cristianismo ama á su prójimo, no como hombre, sino porque está unido con él por una misma fe (1). Allí donde la fe es diversa, hostil, la caridad desaparece, para dar lugar á la division, al odio, á la guerra (2).

La caridad universal es inconciliable con la fe revelada. La caridad exige que amemos á todo hombre como tal, sin tener en cuenta sus creencias. La fe revelada nos impide amar á los que rechazan la revelacion; establece una barrera infranqueable entre creyentes y no creyentes, perteneciendo los unos al reino de Dios y los otros al reino de Satanás. La caridad no reconoce barreras, ama al hombre y no al creyente. La fe revelada tiende irresistiblemente á convertir á los infieles, á atraerse á los herejes; pero, siendo imposible la unidad absoluta, resulta que la division religiosa se perpetúa. Los que se alejan de la Iglesia oficial son censurados como criminales; la ortodoxia se impone el deber de perseguir sin descanso á estos enemigos de Dios. ¿Puede conciliarse

(1) BERNARD., *Serm.*, 13: «*Omnem hominem fidelem judica tuum esse fratrem.*»

(2) Lo probarémos más adelante y en la serie de nuestros *Estudios*.

la caridad con este santo celo? Hombres eminentes por la inteligencia y el corazón lo han ensayado y han fracasado tristemente. ¡La fe ha hecho callar á la caridad; los suplicios al servicio de la religión han sido exaltados como actos de amor!

La oposición entre la fe y la caridad no desaparecerá más que cuando deje de estar basada la fe en una revelación milagrosa. La fe revelada es necesariamente particular, exclusiva, rencorosa; ¿cómo ha de armonizarse con el amor, que es general, universal, indulgente? No sucede lo mismo con la fe que se funda en una revelación permanente en y por la humanidad; ésta tiene en cuenta lo que hay de individual en la creación; respeta las creencias de que no participa; no maldice, no condena; permite y aún manda amar á los infieles y á los herejes.

Al criticar el cristianismo, no tratamos de repudiar su herencia. La doctrina de vida que la humanidad espera tendrá sus raíces en el Evangelio; aún alejándose de los dogmas de la Iglesia, no se desprenderá de la ley fundamental predicada por Jesucristo: la vida es el amor; la vida es amar á aquel que es la caridad misma, y amarnos los unos á los otros.

### § II. — La caridad moral.

*«Habeis oído que se dijo: Ojo por ojo, diente por diente. Pero yo os digo que no resistáis al mal, sino que ántes bien, si alguno os pega en la mejilla derecha, le presentéis la izquierda. Y al que quiera demandaros para quitaros la túnica, dejadle también el manto.»*

*«Habeis oído que se dijo: Amarás á tu prójimo, aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian. Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los justos y sobre los injustos» (1).*

La ley de la remota antigüedad era el mal por el mal. Esta

(1) MATEO, v, 38 y sig.

ley terrible siguió siendo, salvo algunas magníficas excepciones, la del mundo antiguo. Los filósofos condenaron la venganza, los poetas dejaron oír palabras de amor; pero sus sentimientos no eran más que una profecía, no podían germinar en una sociedad que miraba la venganza como el placer de los dioses. Jesucristo, concentrando en sí todo el amor de que es capaz la naturaleza humana, inauguró un nuevo mundo fundado sobre la caridad. La sociedad á que se dirigió divinizaba el odio y santificaba la venganza. Era precisa una violenta reacción para renovar los sentimientos. Así es como pueden explicarse las célebres palabras del discurso de la Montaña, sobre el amor de los enemigos, sobre la abnegación del cristiano respecto de la injuria. Es una viva imagen de la oposición entre el mundo que moría y el que iba á nacer de sus ruinas.

No es así como ha comprendido la caridad cristiana las palabras de Jesús; ha visto en ellas un mandamiento obligatorio para el fiel en todas las circunstancias de la vida. Comprendemos que los primeros discípulos de Cristo, esperando el próximo fin del mundo, hayan pensado y obrado como si fuesen ya habitantes del reino de los cielos. Había algo de providencial en la inalterable dulzura que oponían á sus enemigos. Se los colmaba de ultrajes y respondían con palabras de mansedumbre; se los aprisionaba, se los atormentaba, se los entregaba á las fieras del circo y bendecían á sus perseguidores (1). Una doctrina de caridad no podía propagarse más que por el heroísmo de la caridad. Los Padres de la Iglesia fueron más léjos, hicieron de los preceptos de Jesús la ley permanente de las relaciones humanas; no notaban que arruinaban la base de la sociedad y del orden moral. Sí, los hombres tienen por fin ideal de su vida el ser perfectos, como su Padre es perfecto. Pero, si Dios es caridad, es también justicia. El orden moral no existe más que por la justicia incansante que la Providencia ejerce, y las sociedades humanas no subsistirían ni un instante si no hubiese en ellas un reflejo de esta justicia divina. Los primeros cristianos podían abandonar el castigo de los culpables á Dios, porque se creían en vísperas de

(1) JUSTIN, *ad Diogn.*, c. 5.

la consumacion de las cosas. Pero el reino de Dios, que colocaban más allá de este mundo, tenemos nosotros el deber de realizarlo, según nuestras fuerzas, en las actuales condiciones de la humanidad. A los hombres, pues, toca reprimir el mal; deben oponer una resistencia activa á las malas pasiones, á fin de disminuir su influencia y asegurar el imperio del bien.

Los paganos protestaron contra la ley de caridad promulgada por Jesucristo, y con razon. No comprendian la máxima que se les predicaba de volver bien por mal; les parecia destructora de la sociedad (1). El sentimiento del derecho y de la justicia, tan profundamente impreso en la raza romana, se sublevaba contra una doctrina que en su exageracion destruye el derecho y la justicia. Cuesta trabajo el comprender esta abdicacion de la personalidad. La caridad evangélica, llevada á sus últimas consecuencias, no solamente hace imposible la sociedad, sino que aniquila lo que constituye la esencia del hombre, su individualidad. Es no ver lo que hay de legítimo en la personalidad; no viene á ser un vicio más que cuando degenera en egoismo; en sí misma es más que un derecho, es un deber. Es menester que el hombre conserve su dignidad, su honor; es menester, pues, que rechace los insultos que se le dirigen. Este sentimiento es tan vivo en la humanidad moderna, que ha triunfado de todos los esfuerzos de la religion y aun de las leyes. El duelo es el contrapeso de la moral evangélica. ¿Quién está en lo cierto, el Evangelio ó el pundonor? La conciencia general ha fallado. Esto nos explica la razon de las máximas evangélicas sobre la abnegacion. Indudablemente las ha inspirado la caridad, pero hay tambien en ellas una influencia de raza y de civilizacion. En el mundo antiguo, el hombre, como tal, no tenia valor alguno; sólo el ciudadano era contado como algo. Hé aquí por qué era desconocido el pundonor. ¿Qué sucedió cuando la ciudad antigua cayó en decadencia y cuando toda la libertad se concentró en el emperador? El ciudadano tambien perdió todo su valor; no quedó ya más que un mundo de esclavos. Solamente en semejante estado social se concibe que los hombres abduquen su personalidad; esto les era fácil; no tenian ni dignidad ni ho-

(1) AUGUSTIN., *epist.* 136 (*Op.*, t. II, p. 401).

nor que guardar. No fué ya lo mismo cuando los pueblos del Norte llegaron á la escena del mundo. Tenian ese sentimiento de individualidad, que faltaba á los antiguos, en el más alto grado. Un hombre de raza germánica jamas comprendió la paciencia respecto de la injuria. Esta energía del individuo constituye la fuerza de los pueblos modernos. La pasividad evangélica no convenia más que á una sociedad decrepita. Muy léjos de celebrarla como un ideal, felicitémonos de que la Providencia haya enviado á los Bárbaros para contrapesar lo que tenia de excesivo y falso la perfeccion cristiana. Los Germanos tenian un instinto más exacto de la dignidad humana que el fundador del cristianismo. ¡Tan cierto es que la humanidad está por cima de los mayores genios! Esto no es rebajar á Cristo para ensalzar á la humanidad; porque en definitiva, lo mismo suben á Dios los beneficios que debemos á la raza germánica que los que debemós al Evangelio.

¿Es decir por esto que se deban rechazar los consejos evangélicos como una herencia de la decrepitud romana? Jesucristo exageró la caridad, porque el mundo antiguo habia exagerado el egoismo. Alejémonos de ambos excesos. La personalidad germánica conduce fácilmente á hacer del individuo el centro de todo, lo cual conduciria á la disolucion universal por la anarquía. Hé aquí por qué Dios envió á Jesucristo; si el individualismo germánico garantiza la dignidad humana, la caridad cristiana impide á la personalidad absorberlo todo. Tambien la sociedad puede sacar enseñanzas de los consejos evangélicos. «*Seamos perfectos, dice Cristo, como nuestro Padre en los cielos es perfecto.*» ¿Se ha inspirado la justicia de los hombres en el ideal de la justicia divina? Se la ha confundido por largo tiempo con la venganza; despues se ha hecho de ella un sistema de terror contra las malas pasiones de los hombres; la concepcion más elevada á que se ha llegado es la de considerar la pena como una retribucion de mal por mal. Hemos olvidado que la justicia de Dios, que debemos reproducir en los límites de nuestra imperfeccion, es inseparable de su bondad. Si castiga á los hombres es porque los ama; su justicia es una educacion que tiende á aproximarnos progresivamente á la perfeccion de nuestro Creador. Que la caridad se abra, pues, paso en nuestras eyes. Pero tampoco aquí se deben tomar al pié de la letra los con-

sejos evangélicos. La caridad cristiana tiende á anular la pena en obsequio á la enmienda del culpable. Esto es destruir la justicia, que debe ante todo conservar el orden público. La pena no puede, pues, desaparecer, pero la caridad puede entrar en el castigo, tratando de traer á los hermanos extraviados al camino de salvacion.

### § III. — La beneficencia.

«Jesus vivió haciendo bien á todos y curándolos» (1). La vida de Cristo, lo mismo que su doctrina, inaugura un nuevo orden de cosas. Los antiguos no conocian la beneficencia. El reinado de la fuerza no dejaba paso alguno á la humanidad. Los hombres, corrompidos por la esclavitud, no veian hermanos en sus semejantes; ¿cómo habia de latir de piedad hácia ellos su corazón? Apenas se encuentran en la antigüedad algunos gérmenes de la virtud que principalmente caracteriza al cristianismo. La hospitalidad atestigüa que los sentimientos generosos del hombre se abren paso á un en una edad de violencia. El pueblo de Atenas, dotado en el más alto grado del sentimiento de lo bello, se distinguia igualmente por su bondad de espíritu; los Padres de la Iglesia han alabado la humanidad de Cimon. En Roma la liberalidad era un cálculo político; se arrojaba el pan y los juegos á los pobres, para atraerse el favor del pueblo soberano. Sin embargo, aún en medio de aquella dura raza de conquistadores y legistas, se encontró un hombre que, perseguidor de los cristianos, era digno de ser discípulo de Jesucristo por su caridad casi cristiana (2).

La virtud, que entre los antiguos era una noble excepcion, penetró en todas las almas, bajo la inspiracion de la predicacion evangélica. En la antigüedad, el poder, la dominacion, la riqueza, eran el fin de la vida. Jesucristo dijo á sus discípulos: «Bienaventurados vosotros que sois pobres, vosotros que ahora padeceis

(1) *Hechos de los Apóstoles*, x, 38.

(2) Véanse los tres primeros tomos de mis *Estudios*.

*hambre, vosotros que ahora llorais, porque el reino de Dios es vuestro.*» «*En verdad yo os digo; dificilmente un rico entrará en el reino de los cielos. Y os lo digo todavía; pasará más fácilmente un camello por el ojo de una aguja, que un rico éntre en el reino de los cielos*» (1). La riqueza llega á ser una maldicion; no hay más que un medio para que un rico alcance su salvacion: «*Id, vended lo que teneis y repartiendolo á los pobres*» (2). ¿Quiénes serán los santos colocados á la consumacion de los siglos á la derecha del Señor? «*Venid, benditos de mi Padre, porque yo he tenido hambre y me habeis dado de comer; he tenido sed y me habeis dado de beber; era peregrino y me recogisteis; estaba desnudo y me habeis vestido, enfermo y me habeis visitado; estaba en la carcel y fuisteis á verme.*» —*Entónces los justos le dirán: Señor, ¿cuándo te hemos visto hambriento y te hemos dado de comer?..... Y el Rey les responderá: «En verdad, yo os lo digo: Cuantas veces lo hicisteis con alguno de mis más pequeños hermanos, lo hicisteis conmigo*» (3).

La sociedad de los primeros cristianos ofrece el cuadro ideal de la vida evangélica. Hubo sin duda más de un rico que retrocedió ante el sacrificio de sus bienes, como el jóven del Evangelio. Sin embargo, se verificó una profunda renovacion en los sentimientos y en los actos por la palabra de Jesucristo. Nada prueba mejor la inmensidad de esta revolucion que la oposicion del egoismo pagano y de la caridad cristiana. «Se nos imputa como un crimen nuestra caridad, dice *Tertuliano*. Ved, dicen, cómo se aman. Porque ellos se aborrecen mutuamente. El nombre de hermanos que nos damos llega á ser una nota de infamia, porque entre ellos, todos los nombres de parentesco no son más que ficcion y mentira. Nos llamamos hermanos, porque somos uno en espíritu y en corazón; nuestros bienes, lo mismo que nuestras almas, son comunes» (4).

Los fieles, en sus reuniones del domingo, hacian limosnas despues de la oracion; cada cual daba segun sus facultades; el producto se repartia á los pobres, á las viudas, á los huérfanos, á los

(1) *MATEO*, XIX, 23, 24.—*LUC.*, VI, 20, 21.

(2) *IBID.*, XIX, 21.

(3) *IBID.*, XXV, 34-40.

(4) *TERTULIANO*, *Apolog.* 39.

prisioneros, á los extranjeros (1). La beneficencia de los cristianos se extendía hasta á los paganos: un enemigo les ha tributado este bello testimonio: «¿No os avergonzais, dice *Juliano* á los sacerdotes del paganismo, de que los Galileos, esos impíos, despues de haber alimentado á sus pobres, mantengan todavía á los nuestros, que les abandonamos en una absoluta desnudez?» (2). La peste devastó una parte del Imperio en el siglo III. ¿Cuál fué la conducta de los paganos y de los cristianos durante esta calamidad pública? Los primeros arrojaban á los moribundos, aún á sus parientes, fuera de las casas, como si hubiesen podido arrojar la muerte arrojando á los enfermos. En lugar de excitar los buenos sentimientos, parecia que la desgracia comun despertaba todos los instintos viles del hombre. Oigamos á *San Cipriano*: «Los paganos tenían tan poca compasion para socorrer á los atacados de la peste que tenían avaricia por enriquecerse con sus bienes despues de su muerte. ¿Tratábase de asistirlos? temían á todo. ¿Se necesitaba apoderarse de lo que dejaban? no temían nada. Temían aproximarseles cuando morían, y torrian hácia sus despojos cuando habían muerto. Hubiérase dicho que abandonaban á aquellos desgraciados durante su enfermedad, por temor de que se salvaran si les prestaban sus auxilios.» *San Cipriano* reunió á su pueblo y le exhortó á la misericordia: «No es una gran cosa, dice, demostrar á sus hermanos, á los que son miembros de la Iglesia, la caridad que se les debe; es preciso hacer más, es preciso responder á la grandeza del nombre cristiano, imitando al Padre Celestial, y llegar á la perfeccion que pide el Evangelio, asistiendo aún á publicanos y paganos.» La voz de Cipriano fué escuchada; hubo tan gran profusion de limosnas que alcanzaron á todo el mundo, no sólo á los creyentes, sino tambien á los no creyentes (3).

(1) JUSTIN., *Apol.* I, 67.

(2) JULIAN., *epist.* 49, *fragm.*, p. 305.

(3) PONTIUS, *vita Cypr.*, c. 9, 10.—CYPRIAN., *ad Demetr.*, p. 436, D. E.

#### § IV. — La hospitalidad antigua y la filantropía cristiana.

*Lactancio* critica vivamente la hospitalidad de los antiguos: «¿Quiénes son los huéspedes celebrados por los poetas? Príncipes, héroes, cantores divinos. No son los elevados personajes los que debéis recibir en vuestro hogar; son los humildes y los desamparados. ¿Cuál es el sentimiento que inspira esta hospitalidad? Oigamos la respuesta de Ciceron: «*Las casas de los hombres ilustres deben estar siempre abiertas á huéspedes ilustres.*» ¿Llamaréis beneficencia á los beneficios que os sean retribuidos? ¿Servicios que tal vez no haceis más que por la esperanza de la reciproca? La beneficencia, para ser una virtud, debe estar pura de todo motivo interesado. No os contenteis con dar á vuestros parientes, á vuestros amigos; id en busca de miserias desconocidas; hé aquí la verdadera caridad» (1).

*Lactancio* desdeña demasiado la hospitalidad, esa virtud de los antiguos: en ella está el germen de la caridad cristiana y de la humanidad moderna. Pero es cierto que la hospitalidad parece mezquina cuando se la compara con la caridad cristiana (2). La caridad antigua no se dirigía más que á los afortunados del siglo; los débiles eran oprimidos: «Se expone á los niños bajo vuestro imperio, dice *San Justino* al emperador; despues se cria á aquellos desgraciados para prostituirlos» (3). Sin entrañas para sus hijos, ¿cómo habían de tener compasion los antiguos hácia las miserias de otro? La historia de las repúblicas está llena de guerras civiles provocadas por la dureza de los ricos y por la opresion de los pobres. Sabido es hasta qué punto era desconocida la naturaleza humana en los esclavos. Los extranjeros eran tratados como enemigos; su suerte apenas difería de la de los vencidos.

(1) LACTANT., *Divin. Instit.*, VI, 12.

(2) VOLTAIRE mismo hace justicia al cristianismo: el buen sentido puede en él más que la pasion: «Despues de todo, la hospitalidad no es más que un cambio. Los hospitales son monumentos de beneficencia» (*Diccionario filosófico en la palabra caridad*).

(3) JUSTINO, *Apol.* I.—C. Lactant., *Divin. Instit.*, VI, 63; I, 21.